



EL CASTILLO DE FONTECHA.

A un paso de Puentelarrá, á orillas del Ebro, cuyo rio queda á la izquierda, en los confines de Vizcaya y Castilla, en territorio eminente; pero muy abrigado, y al principio ó cabecera de una fértil y deliciosísima campiña se halla situada la antigua villa alavesa de Fontecha, que pertenece á la Hermandad de Bergüenda y que de día en día va mejorando y engrandeciéndose pues la cruza y atraviesa la nueva carretera de Bilbao á la Rioja, por la que los cien vecinos de que se compone exportan sus frutos con ventajas imponderables.

Esta poblacion existia ya en el siglo XI, como consta del fuero que dió á Miranda de Ebro D. Alonso el VI en 1095, y que amplió en 1137 D. Alonso VIII, en el que se dice que confirmaba Miranda, además de otros pueblos de Alava que se mencionan, con la Barrera de Fontecha.

Fué señor de esta villa Juan Hurtado de Mendoza, prestamero mayor de Vizcaya, y merino mayor de Guipúzcoa, desde 1437.

Su nieto D. Alvaro Hurtado de Mendoza por testamento otorgado en 15 de junio de 1555, fundó varios mayorazgos, uno con solos los bienes que tenia en esta referida villa, que eran muchos y buenos y que hoy posee y disfruta su descendiente el ilustre conde de Orgaz.

Al Excmo. Sr. duque de Frias pertenecen tambien otros bienes en Fontecha, entre ellos una torre fuerte que se divisa desde muy lejos; pero lo que mas llama la atencion del viajero es el solidísimo, elegante y aun magnifico castillo del de Orgaz, precioso y envidiable florón de sus estados, construido frente á aquella, á la sola distancia de dos tiros de bala, á mano derecha de la carretera y pegando á la misma.

La exacta vista de este monumento artístico que ofrecemos á nuestros lectores, suplirá la descripcion que pudieramos hacerles si nuestra insuficiencia y escaso talento no fuesen tan gran-

des, y si las varias veces que le hemos visitado y admirado no hubiese embargado el dolor nuestra alma viendo que el tiempo y la incuria van desmoronándole y haciendole desaparecer lentamente, pero sin descanso.

REMIGIO SALOMON.

LA CALLE DEL MAL CONSEJO.

TRADICION SEGOVIANA.

Segovia, antigua capital de los arevacos, famosa corte de los reyes de Castilla, ciudad célebre en la guerra por sus tercios siempre vencedores, en las artes por su admirable acueducto, y en la industria por sus paños de eterna duracion, es hoy un conjunto de casas y palacios medio arruinados que se estrechan y sostienen unos á otros como los individuos de una familia amenazada de exterminio. El Eresma y el Clamores, que humildes lamen los pies de la roca sobre que se levanta la poblacion, envuelta en sus ruinas como un hidalgo pobre en la capa de su abuelo, parecen formarse con las lágrimas que aquella vierte al comparar su pasado brillo con su actual decadencia. Los elevados muros que cual la hiedra al olmo ceñian la ciudad con sus descarnados brazos, se desmoronan y vienen á tierra diariamente: mientras Segovia fué reina, la sirvieron de diadema; ahora que la soberana ha descendido de su trono, se desprenden piedra á piedra de su cabeza y van á sepultarse entre la yerba de los valles.

Segovia es una noble anciana cargada de años y cubierta de arrugas; el sol de muchos siglos ha dado á su rostro un color

20 DE ENERO DE 1856.

pardo oscuro que infunde respeto y veneracion. Cuando el viajero la vé á lo lejos, saluda conmovido á la patria de Doña Berenguela, á la morada de Isabel la Católica. La anciana le acoge con placer entre los pliegues de su desgarrado manto, y como quien mucho ha visto, habla mucho, y como los viejos son aficionados á tradiciones, cuentos y consejas, le refiere multitud de ellos para hacerle agradables las horas.

En la *Cruz del Mercado* le dice que en 1411 habia allí una cruz de piedra, en cuya peana predicó S. Vicente Ferrer un sermón «que oían los distantes á tres y á cuatro y á mas leguas, y le entendían todas las naciones á pesar de que el santo hablaba en lenguaje valenciano (1).»

Desde las ventanas del Alcázar le señala las *Peñas Grageras*. A los principios del siglo XIII una judía faltó á la fé conyugal: convicta y confesa, los de su raza autorizaron al ofendido esposo para castigar á la adúltera de la manera que quisiese. El israelita meditó algun tiempo, buscando el medio de que la venganza fuera tan terrible como grande era el crimen, y por último condenó á su esposa á ser despeñada desde lo alto de las Peñas Grageras. El pueblo acudió en masa á la ejecucion: el espectáculo prometia; pero el pueblo se llevó chasco, porque la culpable al ser conducida al lugar del suplicio, pasó por la Catedral é invocó á la Virgen de la Fuencisla diciéndole: —*Virgen Maria, pues amparas las cristianas, ampara una judía*. La Virgen oyó la sencilla súplica de la pecadora arrepentida, y esta, lejos de hacerse pedazos por aquellos derrumbaderos, llegó al fondo sana y salva pidiendo á gritos el bautismo. *Maria del Salto* se hizo en efecto cristiana y tomó este nombre en memoria del suceso; y todavía se vé en el claustro de la catedral una lápida con esta inscripcion: *Aquí está sepultada la devota Marisaltos con quien Dios obró este milagro en la Fuencisla. Hizo su vida en la otra iglesia: acabó como católica cristiana año de 1237. Traslátose año de 1558*.

Delante de la casa que habitó S. Juan de la Cruz se eleva un ciprés casi pelado, cuyas ramas superiores se desvian del tronco en direccion horizontal. El santo plantó aquel árbol y dijo: —*Este ciprés me servirá de corona*. La profecía se ha cumplido; la copa del ciprés termina en una corona.

En la calle Real el viajero se detiene á contemplar un capricho arquitectónico de pésimo gusto. Es la fachada de una casa construida toda de piedras exactamente iguales, labradas en forma de puntas salientes, que la hacen asemejarse á un erizo. Segovia, la buena y complaciente vieja, toma la palabra y dice: —Los marqueses de Quintanar compraron esta casa que habia pertenecido á judíos. Aderezáronla con gran lujo y vinieron á morar en ella. El pueblo, apegado á sus usos y costumbres como la ostra á su concha, continuó dándole el nombre de *casa de los judíos*, sin consideracion á la nobleza y gran poderío de los señores que la ocupaban, los cuales perdian los estribos al oír que los segovianos les llamaban indirectamente judíos á boca llena. Consultaron el caso con un jesuita, su confesor, y por su consejo hicieron demoler la antigua fachada y construir la que en el día existe. Nadie volvió á mentar la casa de los judíos; por un sentimiento unánime los segovianos todos pusieron á la vivienda de los marqueses de Quintanar el apodo de *casa de los picos* que conserva.

Próxima á la cuesta de S. Bartolomé hay una calle estrecha y solitaria. Los edificios que la forman son tristes y de mezquino aspecto; algunos de ellos ofrecen á la vista la armazon de madera, que blanquea entre los mohosos ladrillos como los huesos de un esqueleto sobre un fondo oscuro. En una esquina tiene escrita en gruesos caracteres negros su fé de bautismo: CALLE DEL MAL CONSEJO. Quien sabe que en Segovia hay una tradicion para cada piedra, segun acertadamente ha dicho un escritor extranjero, adivina al punto que el extraño nombre de aquella calle debe de correr unido á alguna historia maravillosa y terrible, y entra en deseos de conocerla. La buena vieja satisfará su curiosidad por boca de cualquiera de sus atentos hijos, y en

(1) COLMENARES, *Historia de Segovia*.

confirmacion de su relato le hará leer en el convento de monjas de *Corpus Christi* un precioso documento que nosotros hemos tenido á la vista y dice así:

EL INSIGNE Y MEMORABLE MILAGRO DE EL SANTÍSIMO CUERPO DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO QUE ACONTECIÓ EN SEGOVIA EN EL AÑO DE 1410.

«En este año reinando Don Juan Clarísimo, Rei de España: estando en la sobredicha ciudad de Segovia por prelado Don Juan de Tordesillas (1), obispo de buena memoria, acaeció una cosa admirable y espantosa de grande admiracion y perfecta memoria: En el qual tiempo por ser el Rei de edad pequeño, que aun no habia llegado á los catorce años (2), la Novilísima Reina Doña Cathalina, madre suya, no solamente era tutora de la persona de su hijo. Pero era gobernadora de todo el Reino: acaeció que en este tiempo, en esta Ciudad, un sacristan de sa fagun (dice) de la Iglesia de sa fagun estando fatigado por una deuda que debia de ciertos dineros que para cierto tiempo sopena de excomunion era obligado á pagar á otro christiano viejo, viendo que por su gran pobreza no podia cumplirlo, por temor de la excomunion determinó de pedillos á un judío médico que habia por nombre Domair, vecino de esta Ciudad; al qual despues de habelle saludado habló de esta manera: has de saber que yo estoy puesto en muy grande angustia y extrema necesidad, y si en ella me socorres harásme la mayor merced del mundo y mas agradable; por tanto yo te ruego, que ciertos dineros que debo me los emprestes, tomando de mí la obligación que mas firme y valedera segun vieres, y segun tu juicio. Amigo, todo lo que pides y mucho mas te daré si por prenda de ello, me das el cuerpo de Jesuchristo que vosotros decís que es Dios. Entónces el sacristan prometióselo y dióselo en la Custodia muy guardado y recibió el sacristan los dineros y se fue muy alegre.

«Hecho esto, el judío, muy alegre y gozoso mandó llamar á otros judíos amigos y propinquos suyos secretamente, los quales ayuntados dijo: que él tenia la Ostia, que los christianos adoraban por Dios, y les dijo que sobre tal negocio, que determinasen lo que se habia de hacer con deliberacion: pasado el concilio, tomaron con sus sucias manos el excelentísimo cuerpo de nuestro Salvador y Redemptor Jesuchristo, y menospreciándole, le llevaron á la Sinagoga, á donde hicieron gran fuego, y en medio de él pusieron una gran caldera de agua, otros dicen de resina, y estando muy cociendo determinaron y procuraron echar dentro de ella á nuestro Salvador y Redemptor Jesuchristo.

«Mas, mira el misterio grandísimo: en saltando la Ostia de la mano para echarla en la caldera, luego fué volando por el aire y ellos tras ella, pensando de asirla, y luego en un momento comenzó á temblar la Sinagoga, y dió un gran trueno y estallido que todos los postes y arcos se abrieron, y hoy día están así, fué tan grande el ruido, que casi todo el edificio se venia al suelo, entónces viendo los malvados la grandeza del milagro determinaron tomar un paño muy limpio, y envuelven en él la sacratísima Ostia, y lleváronla al monasterio de Santa Cruz órden de los Predicadores que es en la dicha ciudad de Segovia, y allí llamaron al prior, y tomáronle juramento de lo que le querian, que les tuviese secreto, y contaron por órden todo lo que les habia acaecido, y diéronle el cuerpo de nuestro Salvador, y luego el prior con todo el convento le llevaron al altar con gran solemnidad. En este tiempo enfermó un fraile, en vida y costumbres acepto, que por nombre se llamaba Espinar, al qual el prior dió en comunion aquella Ostia sagrada, y al tercer día

(1) Segun Ferrant Perez de Guzman en sus *Generaciones y Semblanzas*, la causa de la ruidosa caída del cardenal de España D. Pedro de Frias, en el reinado de Enrique III, fué haber mandado apalear á este obispo de Segovia, cuyo verdadero nombre era D. José Vazquez de Cepeda. Fué electo en 1397 y murió á 14 de noviembre de 1437. (*Theatro de las Iglesias de España*, por Gil Gonzalez Dávila.)

(2) D. Juan II nació en la ciudad de Toro en dos seiscientos é mas dias é tres, segun dice un trovador de la época, Micer Francisco Ynperial, ó lo que es lo mismo, en 1405.

de la comunión acabó la vida gloriosamente, y luego el prior como vió este milagro, remordiéndole la conciencia, pareciéndole que no era razon callar tan gran milagro, ni que los judíos fuesen sin castigo de tan gran maldad, contólo todo al prelado de esta ciudad arriba mencionado, lo qual oyéndolo el obispo, armado de celo de la fé, dixo á la reina que entonces estaba en esta ciudad, y acordaron de comun consejo, hacer muy grande inquisicion de este negocio, y echaron en prisiones á todos los mas principales de los judíos; entre ellos al sobredicho Don Mair que en esta causa fue el principal; los quales despues de grandísimos tormentos confesaron la verdad del hecho, y Don Mair, entre otras cosas que habia muerto con veneno al rey Don Enrique, padre del rei Don Juan (1), que entonces reinaba con su madre; por los quales delitos este primero y todos los que se habian hallado en este delito fueron sacados arrastrando por la ciudad y con pregon y luego hecho cuartos.

Acabada la justicia el obispo con toda la clerecía y cofradías en solemne procesion vinieron á esta casa, donde acaeció el milagro y la consagró por iglesia que hoi se llama de Corpus Xpti, desde el qual tiempo el dia de Corpus Xpti cada año se verifica una solemnisima procesion por toda la ciudad á esta iglesia (2). El obispo aun no cesaba de hacer inquisicion sobre los que habian quedado. Los judíos temerosos de la muerte y castigo que habian de pasar si se descuidaban, trataron de hablar con el maestresala del obispo, al qual dieron gran cantidad de dinero porque echase veneno en el manjar del obispo y lo matase, el qual recibió el dinero prometiéndolo. Así un dia, siendo ya hora de comer, el maestresala entró en la cocina y con palabras engañosas hizo al cocinero que saliese de la cocina, y viéndose solo, tomó el veneno y mezclólo en la salsa que se aparejaba para el obispo, y luego salióse de allí y mandó poner la mesa al obispo. El cocinero volviendo á su oficio comenzó á menear la salsa para echarla en unos platillos, y cayósele una gota en la mano, y luego comenzó á hacer tal llaga, que no solamente la mano, mas todo el cuerpo se le emponzoñaba. Como vió esto, comenzó á dar grandes voces diciendo: ninguno coma hoi de lo que está aparejado en la cocina. El obispo oyendo estas voces haciendo presurosa inquisicion de este negocio, ántes que hubiese otro confesó, y así halló la verdad y luego el maestresala fue preso y atormentado de recios tormentos y confesó la verdad de lo que pasaba y fue hecho cuartos y muchos de los judíos que fueron en esta traicion, fueron quemados, otros arrastrados y descuartizados, otros que no tenian tanta culpa fueron reciamente azotados, otros desterrados perpetuamente.

Para dar testimonio de lo qual todas estas cosas por orden como estan contadas el egregio doctor de Espina, informado de hombres que se hallaron presentes al negocio, lo escribió en latin en un libro que se llama *Pináculo de fé* que está hoy dia en la librería de S. Francisco de Valladolid.

Y porque esto sea notorio á todos los fieles christianos, el muy reverendo señor Francisco Martínez, conóngo de la iglesia colegial de Nuestra Señora de Santa María de Parraces, mandó sacar este tratado de latin en romance.

Laus Deo.

Benévolo por devoción y con la prisa de despedida y viage el

(1) Nada dicen nuestros historiadores de este supuesto envenenamiento del rey D. Enrique III. Es de suponer por lo tanto que el manuscrito que copiamos se refiere á D. Enrique II, bisabuelo de D. Juan, que unos treinta años antes (1379), fue envenenado por un moro, á creer á Mariana:

«Acordó (el rey de Granada) valerse de arte y maña. Persuadió á un moro que con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla, y procurase dar la muerte al rey. El moro era sagaz como la pretension lo pedía: procuró ganar la gracia del rey ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demas presentes le dió unos borceguis á la morisca muy vistosos y primos; pero inficionados de veneno mortal.»

(2) Todavía se celebra esta funcion religiosa en desagradio de las ofensas hechas al Santísimo Sacramento. Llámase de la *Catorcena*, porque antes contaba Segovia catorce parroquias y cada año salía la procesion de una de ellas por riguroso turno, como sucede en el día.

P. P. Francisco Xavier de Oñate de el orden Premostatense. Año de mil ochocientos siete.

El lector habrá adivinado ya que la calle donde el sacristan de San Facundo y Don Mair tuvieron la plática y acordaron lo que con tanta minuciosidad se refiere en el documento que dejamos trascrito, no era otra que la conocida desde entonces por CALLE DEL MAL CONSEJO.

En la iglesia del convento de *Corpus Christi* se ven aun anchas y profundas grietas (1) en muros, arcos y pilares, tan considerable alguna de ellas, que permite el paso á la luz de las habitaciones interiores. Al lado de uno de los altares, que cubre sin duda una antigua entrada del templo, hay dos figuras bárbaramente dibujadas en la pared: la una tiene una custodia en la mano y está en ademan de cambiarla por una bolsa que le alarga la otra. Encima de las cabezas se lee la siguiente inscripcion: *Esta es la puerta por donde salió el Santísimo Sacramento, y este es el sacristan que dió por prenda el Santísimo Sacramento á D. Mair, médico de esta ciudad: renovóse año de 1624.*

Hemos buscado en vano la relacion de este suceso en la *Crónica de Don Juan II* que escribió Alvar García de Santa María. El autor del *Pináculo de fé* cita por testigo á Fr. Juan de Canalejas, dominicano, que estuvo presente cuando los judíos entregaron la hostia.

CÁRLOS DE PRAVIA.

Las mujeres y los niños.

Ciertamente conmueve y consuela el alma la tierna simpatía que une á los niños y las mujeres, ya sean estas madres, ya desconozcan los dolores y los gozes de la maternidad.

Un pobre niño desamparado acude en vano al corazon del hombre, pero jamás al de la mujer. Cuando cubierto de harapos, tiritando de frio y estenuado de hambre implora la caridad pública en una calle ó á la orilla de un camino, contemos los hombres y las mujeres que se acercan á socorrerle y veremos que el número de los primeros es mucho menor que el de las segundas. ¡Qué palabras tan dulces se deslizan entonces del labio de la mujer!

—¿No tienes madre?

—¡Pobre hijo del alma!

—¡Angelito de Dios!

—¡Ay de las madres que tienen hijos para verlos así!

Tales son las palabras que el labio femenino hace resonar en torno del niño desamparado.

Volvamos la vista á los serenos dias de nuestra niñez, recordemos qué ser enjugaba nuestras lágrimas, acariciaba nuestras mejillas con sus labios, nos arrullaba con sus cantares, velaba nuestro sueño, tomaba parte en nuestros juegos, adivinaba nuestros deseos para satisfacerlos, lloraba en nuestras dolencias y se regocijaba en nuestras alegrías. El nombre de una mujer irá siempre unido á estos recuerdos, sea ó no el de nuestra madre.

¡Dios ha dado al niño una madre en cada mujer!

Vayamos por esas calles, recorramos esas aldeas, y aunque Dios nos haya dado una alma vulgar y un corazon insensible, encontraremos la esencia de la poesía y el sentimiento en la multitud de nombres con que en todas partes expresan las mujeres su ternura á los niños.

—¡Amor mio!

—¡Sol mio!

—¡Embeleso mio!

—¡Gloria de su madre! exclaman besando con delirio la sonrosada mejilla de un ángel.

Y estos nombres no estudiados, sino salidos espontáneamente

(1) Colmenares, que escribió en el siglo XVII su *Historia de Segovia*, dice que en su tiempo se taparon; pero nosotros las hemos visto hace pocos meses.

te del corazón y emanados del más puro de los sentimientos, ¿no valen tanto como todas las frases amorosas que pueden inventar los poetas?

El sentimiento que los niños inspiran á las mujeres arranca á estos de la esfera vulgar, sublima su espíritu en alas de la poesía. Cuando veamos á la mujer más vulgar en el colmo de ese sentimiento, preguntémosla, por qué quiere á los niños, y nos contestará con estas ú otras palabras semejantes:

— Quiero á los niños porque busco ángeles en la tierra y solo los encuentro en ellos.

Si por otros sentimientos, si por otras virtudes, si por otros encantos no mereciesen las mujeres el amor y el respeto de todas las almas sensibles, y generosas, y buenas, los merecerán por esa santa simpatía que encuentran los niños en su corazón.

¡Benditos y amados sean los que comprenden y experimentan el sentimiento que movió el labio del divino Nazareno cuando dijo:

— Dejad que los niños se acerquen á mí.

ANTONIO DE TRUEBA.

BALADA EN PROSA.

EL HIDALGO DE ARJONILLA.

En la villa de Arjonilla vive un hidalgo mozo y alegre, rico y gastador, amigo de sus gustos y libertad, poco temeroso de Dios y gran burlador de mujeres.

El dinero facilita amigos y aplauso, y la lisonja hace al pródigo más duro y perverso. ¡Ay de la infeliz en quien clave sus ojos el seductor de Arjonilla!

Camino del olivar vecino, día de San Roque, salen á pasear las recatadas doncellas. Allá ya también el venturoso hidalgo. Cebando en ellas la mirada, como el milano ladrón en las blancas palomas, resuelve hacer presa en la más hermosa.

Mucho le cuesta rendirla: billetes, dádivas, festejos, todo lo ha despreciado ella; ronda su calle, soborna á sus criadas, hace que su caballo se arrodille á su puerta, cántale de noche endechas de pasión extremada, lidia y mata gallardamente bajo sus balcones los toros más bravos de la tierra: todo es en vano.

Un año entero la obsequia inútilmente; nunca conoció resistencia tal el hidalgo de Arjonilla; nunca se le conoció igual constancia.

Pero la mujer que desespera al constante corona al voluble: la que es duro mármol al agasajo, suele ser blanda cera al desprecio: la que no es débil es vanidosa.

Un año había pasado: día de San Roque era; camino del olivar vuelven á encontrarse la bella desdeñosa y el galán despreciado. El galán pasa de largo: no clava ya en ella sus negros ojos apasionados.

— No soy yo la preferida, piensa en su corazón la doncella: se acabaron para mí los festejos, las músicas nocturnas, los públicos triunfos. Y palidece, y por primera vez suspira.

La mujer es misteriosa campana, que suena cuando nadie la toca. La doncella antes tan recatada, admite ya las dádivas del corruptor. Los públicos obsequios, ya bien recibidos, hacen murmurar á toda la villa.

— Pues se perdió la opinión, piensa entre sí la mal aconsejada, no se pierda todo. Tuya seré, dice al hidalgo seductor, si me das palabra de casarte conmigo.

¡Pobre doncella! Mal viento corre, el diablo es el que sopla.

El hortelano no espera fruto cuando el huracán arrebató la flor.

Juró el hidalgo, día era de San Juan.... Moros y cristianos lo festejan con zambras y cañas y carreras. Las iglesias de la villa echan sus campanas á vuelo: hierve en las calles el gentío: todos se entregan al público alborozo.

También se alborozó gozando de su conquista el inicuo burlador de casadas y doncellas. Día era de San Juan: el santo oyó su juramento; pero él se propuso no cumplirlo!

El bebedor vicioso muda á menudo de copas: hoy prefiere la

de vidrio esmaltado; mañana la de cincelada plata; otro día la de tersa porcelana; otro la de fresco búcaro. Siempre se le figura que la última le hace mejor el vino, y luego la arroja para tomar otra.

Así era el hidalgo con las mujeres. En vano la burlada doncella le exigió el cumplimiento de su promesa: fuéla entreteniéndola algunos meses con nuevas palabras. Por fin la infeliz desesperada le puso demanda ante el juez de la villa.

Acudió el burlador á la querrela. Muchos vecinos depusieron de oídas á favor de la agraviada; pero su dicho no hacía prueba. — No prometí cosa alguna, contestó impávido el mal caballero. Y la malhadada mujer se mesaba los cabellos.

— Presentad testigos del juramento, le decían á una el juez y el hidalgo perjuro. — No los tengo, respondió ella, y sollozaba cada vez más amargamente.

— Sí, uno tengo que vale por muchos, añadió recobrando su serenidad repentinamente. Testigo mío es San Juan, que escuchó su juramento.

Este dicho hizo sonreír al juez y á los curiales; no se sonrió el depravado hidalgo de Arjonilla. — Juró que no es cierto, exclamó con fingida entereza; ¡y permita Dios, si miento, que me vea arrastrado la primera vez que monte á caballo!

Con este nuevo perjurio y con la incompleta prueba de la pobre burlada, le dieron por libre de la demanda. Pero Dios tomó á su cargo la venganza, y el santo testigo citado por la mujer, la confirmación de su dicho.

Salió el hidalgo á caballo algunos días: loco estaba de contento: Dios no le tomaba razón de la sentencia que él mismo contra sí había proferido.

Llegó el día de San Juan: moros y cristianos lo festejan. El desventurado caballero, olvidado de su juramento, hacia sus preparativos para lucir en la fiesta. Solo lo tenían presente su anciana y afligida madre, y una contristada novicia del convento de Santa Rosa.

Manda el hidalgo á un criado que le ensille su caballo. Era el caballo noble y manso: estrenaba aquel día jaeces nuevos y una cómoda silla nueva para montar su dueño á la gineta. La madre del caballero fue á verle vestir llorando.

Présago su corazón, dábale voces siniestras dentro del pecho: su boca se negaba á darles salida por no conturbar á su hijo. — Madre, ¿qué teneis que así llorais? le preguntó el hidalgo de Arjonilla.

— No montes hoy á caballo, hijo mío, ella responde. Si quieres festejar á San Juan, vé á oír misa; otro día irás á la carrera.

— ¡Qué dirían los demás jóvenes de la villa! Vaya, vaya con Dios, la buena madre: déjenos divertir y no sea agorera. Y vuelve el hidalgo la espalda á su madre y sigue vistiéndose para la fiesta, y ella vuelve á su aposento sollozando.

Jubón de terciopelo carmesí acuchillado con puntales de oro, gregüesco y bota flamenca, sombrero de plumas rojas, valona de encaje y talabarte bayo recamado de oro y verde, herrucló blanco, son el traje nuevo del hidalgo. ¡Qué bien iba á parecer con él á las mujeres de la villa!

Al llegar al zaguan advierte que le faltan las espuelas. Nuevas también y de oro las tenía, que las había comprado la vispera. — Vé por ellas, dice á un criado, que las he dejado en mi aposento.

Vuelve el criado, y por traerle las espuelas le trae un escapulario que inadvertidamente se había quitado al mudarse. Sonríe el hidalgo haciendo donaire del disparate y le dice: — Te pido unas espuelas que están colgadas en la cabecera de mi cama.

Vuelve el criado, y por traerle las espuelas le trae un crucifijo que estaba en el mismo clavo que ellas. Búrlase de él el hidalgo, y dícele por tercera vez: — Las espuelas te pido: vé y traeme las espuelas.

Vuelve el criado, y le trae en vez de las espuelas una vela de cera. Enfadado el caballero la arroja con brio contra las piedras del zaguan, y dando una voz á otro criado le pide sus espuelas.

Traídas las espuelas se las calzó, y montó á caballo ufano. Su

desventurada madre y los criados salieron á los balcones á verle. Picó el caballo y partió como el rayo.

Allá va el infeliz hidalgo como arrebatado por una legión de espíritus. Siguenle los suyos con sus miradas afanosas: lejos va, y no camino de San Juan, sino camino del olivar.

Los descompuestos saltos del caballo denotan que no es su amo el que le domina. Otros mas diestros acicates le impulsan en aquella dirección sin poder ser detenido.

Día de San Juan, camino del olivar, va disparado como una saeta el descreído. Los mozos y las doncellas de la villa van por otro camino. Por donde él va nadie le divisa; solo una contristada novicia le mira desde una alta galería del convento de Santa Rosa.

Entrase por el olivar el desbocado caballo, y métese con el desgraciado hidalgo por debajo de una rama, tan baja y tiesa, que el arzon delantero se le entra por los pechos y le sale á las espaldas.

Llévole el caballo arrastrando de un estribo por el camino del olivar y por toda la villa, hasta que vino á parar por sí mismo á la puerta del tribunal donde el malhadado hidalgo había proferido su perjurio.

Honrado testigo es San Juan. Al día siguiente doblaban las campanas por la desgraciada muerte del hidalgo de Arjonilla. Llegó el día de San Roque, y doblaron también las de Santa Rosa por la profesión de una hermosa convertida.

PEDRO DE MADRAZO.



DON FRANCISCO PIZARRO.

El grabado que va al frente de estas líneas es copia de un retrato del célebre conquistador del Perú, que posee el museo de Lima.

Hemos creído oportuna su publicación en el SEMANARIO por ser una curiosidad histórica y artística de la época mas afortunada de nuestro país.

UN CAPRICHIO DE CLEOPATRA.

Á ENRIQUE GASSOU.

(Conclusion.)

La reina, pálida casi siempre, tenue de aspecto y de formas delicadas, estaba siempre rodeada de mujeres de varonil figura.

Anandria era rubia y sonrosada.

Zeisa, cetrina.

Lesia, arrogante.

Los perfumados cabellos negros como el azabache que adornaban la régia frente de Cleopatra hacían resaltar el brillo de su cutis terso y trasparente á fuerza de óleos perfumados de jugos de ciertas plantas.

Sus uñas estaban como las aletas de su nariz ligeramente sonrosadas por los polvos carmíneos á que tanta afición mostraron las damas antiguas.

Sus labios eran mas rojos que la cereza.

Concluida la corona de rosas, que habia de sujetar su cabello peinado á usanza griega, la soberana se la puso.

Estaba bien, habian adivinado sus deseos.

Un gesto imperativo fué el pago de aquel servicio.

Las esclavas salieron llevándose las flores inútiles para alombrar con ellas los baños de la reina.

A una seña suya, dos esclavos bruñidos como el bronce y casi desnudos se acercaron.

— Envenenadme esas flores con esos polvos, y Cleopatra abrió la caja de que hemos hablado.

Solo la aspiracion de aquel veneno dañaba.

Los dos esclavos pálidos y sudando bajo la impresion mortífera de aquella ponzoña, estuvieron separando hoja por hoja, pétalo por pétalo, la diadema que su caprichosa señora iba á ponerse.

El mayor esmero y la mayor habilidad y prontitud presidieron á la escena; á pesar del contacto de sus dedos, ni una sola hoja cayó ni un pétalo fue torpemente arrancado.

Concluida la operacion la reina salió de la sala de su trono.

Fué á esperar al que habia dicho que vendría, al circo en que jugaban sus leones y tigres.

Estuvo un rato entretenida en ver la lucha de un magnífico leon con dos tigres, y cuando los animales jadeantes y heridos echaban chispas de lumbre por las torvas pupilas de sus sangrientos ojos, mandó que les arrojaran un esclavo.

Iba la órden á cumplirse cuando Zeisa se presentó á hablarla.

— El que ama tu pecho, el incomparable romano que no tiene igual entre los hombres y que se asemeja á los dioses pregunta por tí.

Así dijo Zeisa y la fiesta del circo quedó interrumpida.

Cleopatra fué en busca del que amaba.

Marco Antonio la salió al encuentro.

El héroe romano, el competidor de César y de Pompeyo tendió los brazos á la reina de Egipto.

Un beso voluptuoso, ardiente y enamorado sonó en aquel recinto.

El que se alababa de dominar al pueblo rey, se complacía en decir que era dominado por los caprichos de una mujer.

Abrazados y en dulce conversacion caminaron los dos amantes hasta la pieza del sôño.

Nunca los muros egipcios del palacio de Cleopatra habian visto un grupo mas hermoso.

Ella, que como ya hemos dicho era la mas hermosa de las egipcias, parecia la Venus de Fidias.

El, que conservaba puro el primitivo tipo romano, el mas hermoso de ellos, cubierto con una túnica de lana suave y blanca rodeada de una gréca de púrpura teñida dos veces, calzaba sandalias de púrpura con cordones de oro, una cinta de oro ribeteada de púrpura sujetaba sus rizosos cabellos; parecia en lo noble y majestuoso de su porte el Apolo de los griegos, el mas hermoso de los dioses.

Cleopatra miraba voluptuosamente á su amante, pero no con el cariño de enamorada.

Hasta en sus miradas de amor se revelaba el carácter despótico de la mujer á quien todos obedecian.

Un esclavo vino á anunciar que la cena estaba servida.

Otros ocho arrastraron un carro de oro y Cleopatra y Marco Antonio subieron en él para ser trasladados al comedor.

La luna de oriente brillaba ya en el cielo.

III.

El comedor de Cleopatra estaba colocado á la otra extremidad de su palacio.

Abierto por los cuatro costados y sostenido por inmensas columnas en que su arquitectura habia aglomerado toda la explosion de sus fantásticas monstruosidades, estaba rodeado de jardines que le embalsamaban con sus aromas.

Alumbrado por infinitas lámparas en las que ardian aceites y esencias de grato perfume, con el suelo tapizado de las flores de olor mas voluptuoso, era imposible entrar en él sin sentir ese desfallecimiento de la voluptuosidad que convida á los placeres.

En el fondo una *clepsida* marcaba con la monotonía caida de sus gotas de agua los minutos que huían á confundirse en el pasado.

La mesa estaba espléndida y rica, el oro, la plata, los vinos mas apreciados, los manjares mas costosos la cubrian, las luces y las piedras preciosas con sus rayos de colores la iluminaban.

En el testero un lecho de marfil con colchones de púrpura estaba dispuesto para que se reclinasen los amantes y comiesen.

En uno de los dos lados del otro frente estaba colocada una música de lirás é instrumentos de metal, arpas y flautas de cañas desiguales.

Al otro lado bailaban esclavas.

Ninguno de los refinamientos que los países en decadencia pueden inventar, faltaban.

Ni las lenguas de ruiseñor, ni los sesos de faisán, ni las tenecas alimentadas con leche de camella y sangre humana, ni las cabezas de tortuga, ni los pies de jabalí se echaban de menos.

El vino de Falerno espumaba abundante en anchas copas de oro incrustadas de piedras.

Marco Antonio era feliz.

Cleopatra estaba ligeramente sonrosada por los vapores del vino.

El banquete tocaba á su fin.

Ya habian traído los esclavos grandes brazadas de flores para cubrir con ellos los voluptuosos placeres de su ama vertiéndolos sobre su cuerpo y ocultando el lecho, cuando Cleopatra hizo traer la mejor y mas magnífica de sus copas.

Era de oro, se la habian traído de Grecia, el joyero habia representado en su contorno el Olimpo natal, con todos sus dioses y diosas y hasta sus héroes que por sus hazañas han merecido un nombre en la historia y un puesto en el Olimpo.

Hizo echar en ella vino de Chipre y se la tendió á Marco Antonio.

Este levantándola en alto fue á beber, cuando la reina le detuvo.

Llevaba puesta la diadema de rosas de Alejandría que habian preparado sus esclavos.

Arrancó de ella algunos pétalos y los echó dentro.

A estos siguieron otros que ella lanzaba al aire, y que Antonio se entretenía en recoger con la misma copa.

El juego duró bastante.

Hasta que la mayor parte de las flores venenosas pasaron á la copa.

Concluyó el juego.

Las esclavas palidecieron.

Marco Antonio levantó la copa y la dirigió hácia su boca.

Tendió los labios para beber.

Cleopatra se inmutó

— No bebas, no bebas, gritó asiéndole del brazo, esas flores estan envenenadas.

Marco Antonio dejó espantado la copa, encima de la mesa.

Cleopatra la cogió.

— ¿Qué vas á hacer? dijo este queriéndosela arrebatar de las manos.

— Nada, murmuró impasible la reina, y alargando la copa envenenada á Zeísa que estaba á su derecha.

— Bebe, la dijo.

La esclava dejó asomar dos lágrimas á sus ojos, y sorbió de una vez el licor.

Todos enmudecieron.

Todos palidieron.

La música y la danza cesaron.

Zeísa se revolcaba en el suelo con las horribles torturas y convulsiones de aquel atroz veneno.

— Música, danza, gritó Cleopatra.

Y tendió sus brazos á Marco Antonio que cayó en ellos ebrio de voluptuosidad.

— Rosas, volvió á gritar Cleopatra.

Y los esclavos ocultaron sus impuros abrazos bajo una alfombra de flores.

Zeísa quedó fria, inerte, livida.

AGUSTIN BONNAT.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARGON.

PRÓLOGO.

Felipe encendió un cigarro y habló de esta manera.

I.

EL NÚMERO 1.

Lo que mas ardientemente desea todo el que pone el pie en el estribo de una diligencia para emprender un largo viaje, es encontrarse con unos compañeros de amena conversacion, que tengan sus mismos gustos, sus mismos vicios, pocas impertinencias, buena educacion y una franqueza que no raye en familiaridad.

Porque, como ya han dicho Larra, Kock, Soulié y otros escritores de costumbres, no deja de ser original esa improvisada é íntima reunion de dos ó mas personas que nunca se han visto ni quizás vuelvan á verse sobre la tierra, y destinadas, sin embargo, por un capricho de la suerte, á codearse dos ó tres dias, á almorzar, comer y cenar juntas, á dormir una encima de otra, á manifestarse, en fin, recíprocamente con ese abandono y confianza que no penetramos ni aun en nuestros mayores amigos; esto es, con el genio, con las rarezas, con las costumbres de familia, de casa, de interioridad.

Al abrir la portezuela, acuden tumultuosos temores á la imaginacion. Una vieja con asma, un diputado gallego que ronque, un sacerdote venerable que ocupe asiento y medio, un inglés que ignore el español (supongo que ignorais el inglés), tales son los tipos que temeis encontrar. Alguna vez — muy pocas veces — albergais la dulcísima esperanza de hallaros con una hermosa compañera de viaje, una viudita, una deidad de entre quince y treinta..... aunque tuviera treinta y ocho..... con quien compartir las molestias del camino. Pero esta idea no hace mas que sonreiros fugitivamente, y la desechais con amarga sonrisa, puesto que seria demasiada ventura para un simple mortal, y la mayor parte de los mortales simples y compuestos son anti-

podas del *Cándido* de Voltaire. — ¡Ay! ¡Eso de pasar cincuenta ó sesenta horas empaquetados estrechamente con una semejante criatura, no es muy comun en esta miserable vida donde el leñador halla siempre caza, mientras el cazador solo encuentra leña!

Con tan alarmantes recelos ponía yo un pie en el estribo del interior de la diligencia de Granada á Málaga á las once menos cinco minutos de una noche del otoño de 1853, noche oscura y tempestuosa por mas señas.

Al penetrar en el coche con el billete número 2 en el bolsillo, mi primer pensamiento fue saludar á aquel incógnito número 1 que me traía inquieto antes de conocerlo.

Porque es de advertir que los otros asientos de interior no estaban tomados, segun confesion del mayoral en jefe.

— Buenas noches, dije no bien me senté, enfilando la voz al rincón donde suponía á mi compañero de jaula.

Un silencio tan profundo como la oscuridad que reinaba á bordo, se siguió á mis «buenas noches.»

— ¡Zape! pensé: ¿Si será sordo..... ó sorda mi epiceno confrade?

Y, alzando mas la voz, repetí:

— ¡Buenas noches!

Igual silencio sucedió á mi salutacion.

— ¿Si será mudo? murmuré en m's adentros.

Mis dudas y mi embarazo subieron de punto.

¿Con quién iba?

— ¿Será varon? ¿Será hembra? ¿Será vieja? ¿Será jóven?

¿Quién es este número 1 tan silencioso? ¿Se habrá dormido? ¿Estará ebrio?

Iba por aquí en mis reflexiones cuando me ocurrió hacer una escursion con el sentido del tacto, ya que tan infeliz era el sentido acústico de mi colega.

Con mas tiento, pues, que el que emplea un rufian para robarnos un pañuelo en la Puerta del Sol, extendí una mano hácia aquel ángulo del coche.

Mi dorado deseo era tropezar con una bata de seda.....

Avancé.....

¡Nada!

Avancé mas; extendí todo el brazo.....

¡Nada!

Avancé de nuevo, palpé con mas desenfado, en un lado, en otro, en los cuatro rincones, debajo de los asientos, en las correas del techo.....

¡Nada.... nada!

En este momento brilló un relámpago; pues ya he dicho que habia tempestad, y á su luz sulfúrea ví que iba completamente solo.

Solté una carcajada, burlándome de mí mismo, y en aquel instante se detuvo la diligencia.

Estábamos en el primer parador.

Ya me disponia á preguntar al mayoral qué habia sido del viajero que faltaba, cuando se abrió la portezuela, y á la luz de una linterna, que llevaba el zagal, ví que se disponia á subir al interior, á mi departamento, una hermosa y elegante jóven envuelta en un elegante capuchon blanco, y vestida toda de negro. Era bellísima. Por lo demas solo tuve tiempo para distinguir que sus ojos y sus cabellos eran tan negros como blanco y decolorido su semblante. Es decir: ¡el non-plus ultra!!!

¡Y aquella dama era el número 1, mi problemático compañero de viaje, la halagüeña ilusion que apenas habia osado concebir!....

Creo inútil deciros que volví su honor al *Cándido* de Voltaire.

II.

JUICIO CRÍTICO DEL CAPÍTULO ANTERIOR.

— Hé aquí un capítulo primero enteramente inútil, exclamará el que leyere.

En efecto, mi historia pudo empezar en este punto, y las

tres leguas que hemos andado desde Granada hasta el primer parador han sido un despilfarro de tiempo y de papel.

Pero, ó esta reflexion es sofismática, ó la vida humana es un sofisma.

¿Qué sería de todo lo que llamamos *placer* sin los rodeos y los circunloquios de que va precedido?

¿Cuál es vuestro objeto al coger un libro?

Pasar el tiempo, entretener el ocio de la existencia, llenar de algo los momentos de fastidio que median entre el nacimiento y la muerte.

Pues bien: si habeis leído con interés el anterior capítulo; si ha logrado distraeros, ¿qué os importa que no conduzca á nada? La parte inútil de la ventura constituye por lo regular todo su encanto.

¿Sabe lo mismo el faisán servido en plato de barro tosco, sobre una mesa sin mantel, que en un plato chino ó de plata entre adamascado lino, tallado cristal, olorosas flores y elegantes bugías?

Quitad las hojas á los árboles y parecerán esqueletos.

Quitad su hojarasca á la vida y tropezareis con una calavera.

El amor no es otra cosa que un laberinto que recorremos gustosos antes de llegar á un punto dado.

El placer tiene crepúsculos: amanecer, penosa subida por el cielo y descenso rápido hácia un abismo.

Yo gusto mas de una mujer con vestido alto, envuelta en un manton, que de una bailarina de la ópera.

Si el placer consistiera solamente en un cénit momentáneo, en un crítico mediodía, yo pasaria fastidiado veintitres horas y media diarias; puesto que el sol no puede llegar á nuestro meridiano sino de veinticuatro en veinticuatro horas.

III.

ESCARAMUZAS.

Luego que hube dado la mano á la desconocida, y esta tomó asiento á mi lado, murmurando un — *Gracias — Buenas noches* — que me llegó al corazón, me ocurrió una idea, una idea tris-trisísima, esta idea desesperadora.

— ¡De aquí á Málaga solo hay diez y ocho leguas! ¿Qué no fuéramos á la península de *Kamezataka!*

Entre tanto se cerró la portezuela y quedamos á oscuras.

Esto significaba *no verla*.

Yo pedía relámpagos al cielo, como el Alfonso Munio de la señora Avellaneda, cuando dice:

¡Horrible tempestad, mándame un rayo!

Pero ¡oh dolor! la tormenta se retiraba ya por el mediodía.

(Continuará).

LA VAQUERA DE LA FINOJOSA. (1)

Monólogo de una comedia inédita, que lleva este título.

En este valle
ví al caballero
de lindo talle,
mirar artero.
¡Qué gallardía!
¡Cuántos primores!
¡Qué ojos tenia
tan habladores!

Vientecico que vagas perdido
por esa montaña
tan fresca y tan verde,
por tu madre la brisa te pido
que busques al ido

(1) El protagonista de esta obra es el famoso marqués de Santillana.

y de mi cabaña

hagas que se acuerde.

— Al tornar de esa roca

le hallé que en sed ardía.

Aquí puso su boca; (En la del cantarillo).

¡aquí pondré la mía!

Agüica de Fontabras, (Después de beber).

mas dulce estás que sueles.

Es que cual sus palabras

su boca tiene mieles.

¡Como á placer la bebo!

¡Placer!... Ya non es mio.

Desde que ví al mancebo

ni duermo ni sonrío.

Cuando aun el sol abrasa

aquí vengo: con luna

tórnome siempre á casa

plañendo mi fortuna.

Diez soles ha que espero

con alma congojada.

No vuelve el caballero

sediento otra vegada.

¿Por qué tantos dolores

desque marchar le ví?

— Fuéronse otros pastores

y yo no lo sentí.—

Ni hilar sé en las veladas

ni guardo mi ganado.

¡Hijo será de fadas

y mal me habrá fadado!

Si viniendo continuo sin calma

por agua corriente

diz que al cabo tendré que quebrarte.

¿Para qué, cantarico del alma,

te traigo á la fuente,

si de lágrimas puedo llenarte?

LUIS DE EGUILAZ.

Soneto.

Céfiro, que vagais de la enramada,
en caprichoso giro indiferente,
al áspera montaña y limpia fuente,
y césped blando, y flor abandonada:

Si quereis ver mi vida reanimada
que yerta hoy clama por su bien ausente,

¡Oh céfiro! volad al inocente,
al casto seno de mi Elvira amada.

Mi delirante juicio mal sofoca
esta pasión que me arrebató ciego;
volad, mi acento débil os invoca;

Y despues que bebais todo aquel fuego,
y despues que robeis el de su boca,
tornad alegres, y abrasadme luego.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Genio y figura hasta la sepultura.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.